

Cal viva

Daniel Serrano



Daniel Serrano

Cal viva



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A Cristina, por el presente (y por los días que vendrán).
A Marco, futuro en marcha.*

«Desconfíe de los consejos de quien tiene su
pasado manchado de cal viva».

PABLO IGLESIAS al líder de la bancada socialista
en el Congreso de los Diputados
2 de marzo de 2016

1

Padre

Ayer habló el petimetre, insultó gravemente a los nuestros, deshizo el lazo de toda compostura, lo conozco bien, si pudiera decir esta boca es mía, pero el ictus me impuso un blindaje de silencio, al menos no me desfiguró el rostro de manera irreparable, nada que la barba cana impida velar, la mano izquierda no funciona, tampoco camino con la debida movilidad, aunque, de todos modos, no he cedido a la tentación del pijama y la baba, doy la vuelta a la manzana cada día, me ayuda Emily a primera hora, muy temprano, es una buena chica, de Guayaquil, escucho la cadena SER, veo las tertulias de la televisión, sigo atento y ese imbécil con coleta pretende hurtarnos la memoria, cal viva, dice, manos manchadas de cal viva, qué sabrá él, petimetre lo denomino llevado por la eufonía y en contra de la RAE, lo mismo me da, suena bien, cal viva, clama el petimetre desde la tribuna, y lo peor no es eso, lo peor es que Ernesto, mi propio hijo, le da la razón a ese fanático, leí el blog de Ernesto (*La caída de Saigón se llama —ija!—*) y hacía una alegoría estúpida sobre la indignación que en socialistas de buena fe como yo provocó la alusión al presunto terrorismo de Estado, idiotas, no vivieron lo que vivimos nosotros, lo admite incluso Ernesto en su infantil burla y a renglón seguido ridiculiza a una generación que hizo la democracia y, para colmo, introduce en su texto alusiones personales, muy personales, usurpa mi voz y la convierte en caricatura, pobre Ernesto, cuarenta y seis años y se dedica a escribir sobre con quién se acuestan los famosos, en una página web de cotilleos, pudo ser un excelente novelista,

pudo llegar alto pero algo, una debilidad de carácter que no sé de quién heredó, se lo ha impedido y ahí está, dejando pasar la vida, soltero y solo y ahora, por lo que veo, complacido con el griterío que se ha impuesto en el Congreso de los Diputados, allí donde yo, Tristán Díaz Navas, tuve tantas tardes de gloria, allí donde yo, Tristán Díaz Navas, hube de enfrentarme a la derecha cavernaria, y ahora un advenedizo pretende darnos lecciones, qué tiempos tan estúpidos, intentaré escribir algo sobre esto, lo enviaré al diario *El País* a ver si me lo publican, aunque, la verdad, ya no me hacen mucho caso, Juan Luis está lejos y dirige el periódico gente joven, ni me conocerán, yo que gastaba en restaurantes gran parte de mi presupuesto casi ministerial para dar de comer a tantísimo periodista muerto de hambre, cambian las cosas, supongo que es signo de los tiempos este parlamentarismo de camiseta y pelo sucio, yo sigo vistiendo cada día traje y corbata, no quiero que esta devastación física se traduzca en asco, no quiero ser un viejo en chándal, con la boca torcida y las uñas pútridas, sigo peleando, seguiré peleando hasta el final, Emily me ayuda mucho y Rosa, mi compañera de lejanías, viene cuando puede, está muy liada con su puesto en la Consejería de Cultura, en Valencia, siempre con sus museos y sus exposiciones, supongo que se estará tirando a algún camarada de armas, es normal, yo ya estoy completamente acabado en ese aspecto, mi hija Carla me visita de vez en cuando, ella se parece mucho a mí, es decidida y ambiciosa, no la convencen estos chavistas disolutos, pero (no sé) tal vez le haya dado su voto a ese oficinista catalán con cara de buen chico, mejor eso, mejor con los liberales que con el marxismo-leninismo pensamiento Enver Hoxha, yo estuve ahí, lo recuerdo, Partido Comunista de España (marxista-leninista), los amigos del FRAP, Frente Revolucionario Antifascista y Patriota, la bomba que los fascistas colocaron en la sede de la calle Libertad, otros tiempos, éramos estúpidamente jóvenes, Carla todavía tiene la edad del porvenir, como cantaba el chaval ese, resulta joven para su madurez y para sus labores financieras que yo no entiendo, porque (como dije

ante el juez) yo no entiendo de estas cosas, yo firmaba lo que me daban y yo estaba en aquella caja a verlas venir, a hacer lo que me dijeran en el partido y, sí, gasté de la tarjeta como hacía todo el mundo y no sé por qué resultó tan jocoso para la prensa que hubiese comprado viagra, como si nadie utilizase viagra en este país, luego vino el ictus y parece que se apiadaron de mí, temieron que los culpase, ¿fue el estrés por mi procesamiento lo que causó mi incidente cerebral?, no lo creo, toda mi vida he vivido en el estrés, desde el franquismo hasta hoy, ha sido divertido, desde luego, y ahora hasta mi hijo se ríe de aquellas batallas gloriosas, y el caso es que la voz de su texto, de su blog, tiene mucho de mi propia voz, como si yo mismo hubiera escrito algunas de sus líneas, otras no, hay cosas que cuenta que no son verdad, yo no fui director general sino secretario de Estado, y lo de Andrea, bueno, menos dramas, Andrea abrió su tienda de antigüedades en Madrid y se lio formalmente con un actor que, la verdad, le dio buena vida, aunque como actor no valga un pimiento y apenas trabaje, así que no nos pongamos sentimentales, el sentimentalismo sólo me gusta en las películas y últimamente, sí, lloro cuando ponen en la tele *Casablanca*, no me había pasado nunca, y también lloro con el monólogo final de *Blade Runner*, yo que estallé en carcajadas cuando lo vi en el cine la primera vez, «y todo eso se perderá como lágrimas en la lluvia», aquello me parecía una cursilería de tres pares de cojones, tal vez pensaba que la muerte y el declive no me alcanzarían nunca, aquel lejanísimo 1983, en un cine de la calle Luchana me parece, y cuando el replicante musitó su canto del cisne, se oyeron nuestras risas en toda la sala, íbamos Nacho, Concha y yo, me acuerdo, Andrea se había quedado en casa porque el niño tenía fiebre, Ernesto siempre tenía fiebre, pero yo necesitaba airearme, mi futuro estaba por comenzar, Felipe iba a colocarme en un puesto de responsabilidad, tardé tiempo en ubicarme y luego ya estuve hasta el final, para lo bueno y para lo malo, con cal viva y con lo que hubiese que apechugar, y ahora Ernesto escribe esta cosa idiota en la que pretende retratarnos, ¿él qué

sabe?, pobre Ernesto, tan dado a la fiebre, pobre España si cae en manos de sus amigotes.

2

Lo que escribió el hijo en su blog lacaidadesai-gon.blogspot.com.es imitando la voz del padre, aunque cambiando nombres y (algunas) circunstancias

Nada de eso sucedió. Me hicieron director general, me divorcié de Sonia y me fui a vivir a Las Rozas, eran tiempos felices de verbena en Miguel Yuste, abre la muralla, copas y conversación en la alta madrugada con ministros, y Charo López en la luz de humo de incontables cigarrillos, 1992, la Expo y las Olimpiadas, éramos indestructibles, nos recibían en los mejores restaurantes de la ciudad, Elena se quedó embarazada y el chalé se nos hizo pequeño, aquella tarde en Ferraz cuando Felipe nos dio un abrazo a todos, «somos la historia en marcha» (creo que dijo), el miedo y el horror ante el cadáver de Luis, asesinado por ETA, su cuerpo inerte en la capilla ardiente bajo la bandera rojigualda, su viuda absolutamente rota ante el féretro, pero enseguida nos fuimos a cenar otra vez, «llegaré tarde» (avisé a Elena), balas contras balas, «Damborenea está loco» (comentó alguien), éramos felices, sin embargo, felices y jóvenes a nuestros cuarenta y tantos años, cincuentones pero encaramados al poder y del poder a los despachos empresariales, dejar el tabaco tras tantos años de nicotina fue lo más difícil, Guadalajara y nuestro presidente acompañando a Pepe y a Rafa, sindicatos del crimen apostados en las páginas de los periódicos y niñatos de derechas abucheando a socialistas por los campus universitarios, éramos el triunfo y la resistencia, la España nueva que nos prometieron nuestros

abuelos republicanos, la luz declinante de la tarde cuando a nuestro amigo Paco le dijeron que el cáncer lo iba a arrasar todo en apenas unos pocos meses, Elena lejos, el amor apagándose y todavía verbenas y hoy puede ser un gran día (Serrat en Las Ventas), tardes de toros también, nada de lo humano nos era ajeno y había que apresurarse, era demasiado tiempo de padecimientos y ahora nos tocaba a nosotros, fuimos felices, cambiamos este país, teníamos la razón. Y nada de eso sucedió. No hubo cal viva manchando nuestras manos y ese maldito advenedizo leninista no tiene derecho a decirnos lo que nos dijo, somos inocentes de toda culpa, el pecado es el suyo, su radicalismo de asamblea universitaria, nosotros también fuimos así pero cambiamos, nosotros nos sometimos a las traiciones necesarias, la realidad atemperó nuestros ímpetus rupturistas y no, Pablo, jamás sucedió, no puedes hablarnos así, no es admisible recordar que alguien (tal vez en nuestro nombre, tal vez con consentimiento de los nuestros) mató, torturó, secuestró, es más complicado de lo que pensáis, si hubierais vivido aquella tragedia diaria, aquella muerte tras muerte, Luis en el ataúd (muy serio cuando tanto reía), no tienes derecho, Pablo, a mencionar aquello. Porque nada de eso sucedió. Porque no podéis comprender que aquellas sombras son parte de una luz cegadora que fue la luz de nuestros mejores días.

3

Hijo

Hemos quedado en Josealfredo, junto a la plaza de la Luna, aunque la plaza no se llama así sino plaza de Soledad Rodríguez Acosta, pero esto no lo sabe nadie en la ciudad, y la noche arranca con sonido de hielo, ha llegado el invierno (tarde) y huele a nieve en las esquinas meadas de Madrid. Amo esta ciudad de modo absurdo. Siempre quise vivir aquí, cerca de la Gran Vía, arteria polucionada a la que me asomé con doce años, temeroso de los numerosos toxicómanos que poblaban (en aquel entonces) sus aceras y aledaños, primer viaje en metro con los compañeros de clase y luego cine, doble sesión de los hermanos Marx, de Portazgo al centro, Uría se puso a gritar *New York, New York* al ver los altos edificios. Hay una luz de ginebra azul y Marc me dice que se vuelve a Barcelona, le ha salido trabajo allí. Marc es otro resistente, ha eludido el compromiso y defiende su soltería, aunque no tanto porque casi tiene novia, pero su novia quedará en esta metrópoli mesetaria y él regresa al epicentro de la gran convulsión que ha convertido a España en un país miedoso y aferrado a una bandera y a un rey que se ha dejado barba.

—Te visitaré.

—Claro.

Y sabemos ambos que es una mentira piadosa.

La vida nunca tiene vuelta atrás o apenas. Marc vivió conmigo un episodio casi olvidado de efímera celebridad cuando ambos presentábamos un informativo matinal en la televisión, prontísimo, tan pronto como para pasar las madrugadas en vela y disfrutar de un *jet lag* permanente que

tenía algo de borrachera no alcohólica a la cruda luz de lo diurno.

Marc ha sido reportero, igual que yo, e igual que yo fue expulsado del paraíso terrenal que significa pertenecer a la plantilla de un gran medio de comunicación. Un ERE nos dejó a él y a mí varados en medio de la mayor crisis económica que ha vivido el planeta hasta que otra crisis mayor supere a la anterior ya que así es el capitalismo, amigo. Desempleo y noches larguísimas de disipación tóxica. Los dos apuramos la cuantiosa indemnización en francachelas inolvidables y luego nos pusimos a trabajar en lo que pudimos y ahora él se larga. Yo quise irme también, pero no supe adónde.

—No te quejes, tío, en tu redacción hay chicas guapas.

—Marc, ese comentario, hoy por hoy, sería considerado machista. O sexista. No sé bien.

—Soy ya demasiado viejo para las nuevas reglas sobre lenguaje y género.

—Lo peor es que ni siquiera somos verdaderamente viejos.

—¿Cómo está tu padre?

—¿Tristán El Ogro? Jodido. Muy jodido, según me ha contado Carla. Pero me la suda, sigue siendo el mismo cabrón a quien he odiado durante años y eso no va a cambiar.

—Algún día me explicarás el motivo de tantísimo mal rollo.

—Te lo he explicado mil veces.

—Y nunca lo he entendido.

—¿Sabes la última?

—Cuéntame la última de Tristán El Ogro.

—Cree que Rosa, la mujer por la que dejó a mi madre, sigue con él. Lo abandonó hace años, pero desde que le dio el ictus actúa como si siguieran juntos y ella estuviera de viaje y fuera a volver en cualquier momento.

—Qué putada. ¿Lo ves mucho?

—Nada. Si antes no nos soportábamos, no sé por qué ahora tiene que ser distinto.

—No jodas, Ernesto. Cualquiera día tu padre palmará y te arrepentirás de no haberle visto en sus últimos días.

—No me sermonees, tío.

—Vale. Entonces liguemos.

—¿Tú crees que todavía tenemos capacidad para ello?

—Yo desde luego que sí. Y creo que tú también. En esta maravillosa ciudad, mujeres y hombres de todas las edades se lanzan a las calles cada noche para follar con el prójimo. Sin más trámite que la necesidad de pasarlo bien. Lo voy a echar de menos. En Barcelona la gente se va antes a la cama. A dormir, me refiero.

—Allí tienes el mar. Y la posibilidad épica de construir una patria nueva.

—Como Kósovo pero con butifarra. ¿Sabes que cuando estuve de reportero en la guerra de Yugoslavia conocí a Romeva? La verdad es que con la mierda que vimos allí no sé cómo, pasados los años, ha podido meterse en ese berenjenal de construir una nueva patria.

—España es para salir corriendo. Yo también me independizaría si pudiera.

—Chorradas. Pero sí. Voy a echar de menos esta ciudad.

Marc mira lejos a través del vaso y la ginebra contiene brillos de todo lo que hemos compartido juntos, desde los primeros días de una juventud sediciosa y cocainómana hasta aquella novia siberiana, el gato que se perdió por los tejados, cuando nos enteramos de que nuestra camarada de redacción Letizia Ortiz iba a ser reina o el momento de gloria de salir en la tele, aunque fuera muy pronto, y ese disfrute compartido al concitar la atención de ciertas mujeres con debilidad por los presentadores apuestos. Porque tanto Marc como yo (él un poco más) somos apuestos. O eso dicen.

—Habla con tu padre, tío.

—Venga, no jodas.

—Tú verás. —Marc mira alrededor y repite—: Voy a echar de menos todo esto.

4

Padre

Hoy he soñado que Andrea y yo seguíamos casados o, mejor dicho, he soñado que volvía a amar a Andrea como cuando éramos novios y subíamos al centro de Madrid, a ver las luces de la Gran Vía, con el barro de los descampados pegado a los zapatos pero felices, sin más futuro que la tienda de ultramarinos de mis padres y las ganas de estudiar de ella, tomar el metro en Puente de Vallecas y huir, aunque no siempre, también estaban los bailes, las fiestas de parroquia, andar entre las casas bajas, las fogatas de los gitanos iluminando la noche, los besos en una oscuridad que olía a higuera y retama, ese Madrid de suburbio que era urbe y campo, basural y flor de amapola, los mejores años de nuestra vida, hoy me puede esta melancolía extraña y ni le he pedido a Emily que ponga la tele ni he querido enterarme de la última hora de una Cataluña insurrecta que regresa, una y otra vez, como inevitable maldición nacional, me resulta todo, esta mañana de octubre, absolutamente ajeno, aún me alcanzan las esquinas del sueño, las últimas lágrimas, el modo en que acabaron las cosas entre Andrea y yo, después de muchos años de mentiras toleradas e intolerables, mis amantes y su soledad, todas las estupideces con las que simulamos ser ganadores, acceder a una vida nueva, las cosas habrían podido ser diferentes, o no, yo logré estudiar y mi hermano Manolo se quedó con la tienda de ultramarinos y siguió con ello, el muy cabezón, y mira que le ofrecí mil proyectos para que abandonase ese mostrador decimonónico y los sacos de garrapiñadas, con el tufo a polución de la avenida de la Albufera secándole